

## 1er Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 26.08.2013

También este año acompañaré el Curso de Formación Monástica con los Capítulos diarios sobre la Regla de san Benito. Cada vez me convenzo más que la Orden Cisterciense y las demás Órdenes a las que pertenecéis tienen una necesidad urgente de renovarse y volver a encontrar su identidad en la escuela de san Benito. Por otra parte, esta fue la conciencia que impulsó a los Fundadores de Cîteaux a fundar un nuevo monasterio, y en el transcurso de la historia de nuestras Órdenes, cada buena renovación fue siempre una vuelta a las fuentes del carisma benedictino.

Volver a las fuentes no quiere decir ir para atrás, cerrar los ojos al tiempo que pasa, a la historia que avanza, a los cambios culturales, psicológicos, económicos, etc., que marcan el camino de la aventura humana. Volver a las fuentes quiere decir sobre todo volver al agua del manantial, a su pureza y frescura, a fin de que esta pueda correr también a través del trayecto de río que estamos llamados a recorrer hoy.

La primera música clásica que recuerdo haber escuchado es la Moldava de Smetana. Nos la hacía escuchar la maestra de la escuela infantil, cuando tenía 3 ó 4 años, y nosotros, los niños, con la cabeza apoyada sobre los brazos y los ojos cerrados, teníamos que decir algo que nos sugirieran los diferentes fragmentos de esta sinfonía: el correr tranquilo del agua, la corriente, la danza del pueblo, etc. Smetana comienza con el famoso tema del manantial del Moldava, inconfundible, que vuelve en cada etapa del curso del río, después de cada variación, tranquila o borrascosa. Esto es lo que debemos encontrar siempre de nuevo en el transcurso tan movido del gran movimiento benedictino y, en general, del gran movimiento monástico. También nuestras Órdenes o Congregaciones son el testimonio de más o menos grandes mutaciones del curso de este gran río, mutaciones que fueron también borrascosas. Así, no estuvo exento de conflictos y agitaciones el nacimiento de la Orden Cisterciense con respecto a Cluny, como tampoco lo estuvo la separación de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia de la Orden Cisterciense. Pero todo esto forma parte del trascurso del río, y, en el fondo, es inevitable si el río quiere llegar al mar. Sin estas borrascas, el río se habría detenido, convirtiéndose en un estanque muerto y putrefacto. Las verdaderas reformas de todo movimiento eclesial, las que ponen en movimiento las aguas estancadas, son siempre como un resurgir de agua fuente en el estanque. El agua nueva, el agua viva, capaz de poner en movimiento un estanque hacia el mar, es un agua que no viene del estanque mismo, sino del monte, del manantial. A veces el Espíritu Santo transforma el agua del manantial en torrente impetuoso que viene a remover las aguas estancadas, cargándose también con sus impurezas para arrastrarlas aguas abajo. Más tarde, con el trascurso renovado del río, también las impurezas de la renovación impetuosa se depositan y el río puede continuar más tranquilo hasta que sea necesaria una posterior renovación más o menos borrascosa.

Pero si queremos que el río trascorra, es necesaria el agua del manantial. No es el mar el que atrae el agua del río hacia sí: es el manantial el que lo impulsa hacia el mar. El mar atrae hacia sí los ríos alimentando los manantiales, formando nubes que llueven o nievan sobre los montes para alimentar los manantiales. El destino, la finalidad, la meta de nuestra vida y vocación, es decir, Dios, alimenta siempre en la Iglesia los manantiales de nuestro trascorrir o caminar hacia Él. Son los llamados carismas, como el carisma de san Benito, que el Espíritu Santo suscita en la Iglesia para conducirnos a todos al destino de la salvación y santidad al que estamos llamados por el amor de Dios.

Recientemente, he tenido que comentar para las monjas una frase muy significativa de san Pablo a Timoteo: “Reaviva el don de Dios que hay en ti” (2 Tm 1,6). En el caso de Timoteo se trata del don del presbiterado recibido por imposición de las manos de Pablo. Pero cada vocación es un don de Dios que la Iglesia nos transmite. Y nuestra libertad está llamada a reavivar siempre en nosotros el don de Dios de la vocación y misión de nuestra vida.

En 2 Timoteo 1,6, Pablo dice literalmente: “reaviva el fuego [*anazopyrein*] del carisma de Dios que hay en ti”. En latín se habla además de resurrección del carisma: “*admoneo te ut resuscites gratiam Dei quae est in te*”.

La idea de “reavivar el fuego”, de “resucitar”, nos impulsa a percibir la importancia de nuestra responsabilidad ante el don de nuestra vocación, de toda vocación, tanto personal como comunitaria, ante la vocación de cada movimiento o familia religiosa que el Espíritu suscita en la Iglesia.

La vocación es un carisma, una gracia, un don de Dios, pero estamos llamados, exhortados, a reavivar este fuego. Prefiero la idea de reavivar el fuego más que la de resucitar, porque la resurrección requiere el poder de volver a dar vida a algo muerto, sin embargo, reavivar el fuego quiere decir dar oxígeno y combustible a una llama que no está apagada, de la que siempre permanecen al menos las brasas ardientes bajo la ceniza.

Porque todo don de Dios es algo definitivo: “Los dones y la llamada de Dios son irrevocables”, escribe Pablo a los Romanos (Rom 11,29). Pero nuestra libertad, a la cual se confía cada don de Dios, es responsable de que arda el don o permanezca bajo las cenizas. Somos responsables de permitir al carisma que arda, que sea fuego, y no solo brasas. Somos responsables de que el carisma viva de verdad.

El don de Dios es un poco como lo que Cristo llama en el Apocalipsis “primer amor” (Ap 2,4) cuando se dirige a la Iglesia de Éfeso, el fuego del amor primero que hemos abandonado y que estamos llamados constantemente a reavivar. ¿Cómo? Lo dice Jesús poco después a la Iglesia de Laodicea: “Sé ferviente y arrepíentete. Estoy a la puerta llamando. Si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos” (Ap 3,19-20).

En definitiva, es necesario abrir la puerta a Cristo, para que haya esa corriente de aire que reavive el fuego del primer amor, del don de Dios que nos ha inflamado desde el comienzo, que ha inflamado desde el comienzo a nuestra Orden, que ha inflamado el comienzo de la Iglesia el día de Pentecostés.

“Sé ferviente y arrepiéntete. Estoy a la puerta llamando. Si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos”.

Los elementos que permiten reavivar el fuego del don de Dios son el celo y la conversión que permiten a la palabra y a la presencia de Cristo entrar en nuestra vida, en nuestro corazón, en nuestra comunidad.

Solo de esta forma nuestra vida y vocación encuentran su veracidad, porque se reaniman en el manantial del don de Dios, en el manantial de la presencia de Cristo y del Evangelio.

A los 50 años del Concilio, vemos claramente que la renovación de la veracidad de nuestra vida está por comenzar. El Concilio ha lanzado un trabajo de renovación que no era solo para algunos años o decenios de post-Concilio, para algunas reformas exteriores que se han hecho con más o menos prisa, como la adaptación de las Constituciones.

El Concilio ha invitado a reaviviar la llama del don de Dios de nuestra vocación, y esto se debe hacer siempre volviendo al origen, al comienzo, al agua de la fuente del primer amor, o, más bien, volviendo al Primer Amado, a Cristo que nos llama a través de un carisma particular, que para nosotros tiene su fuente inagotable en san Benito y su Regla.

Por esto, en nuestra formación permanente es importante no cansarse jamás de ir siempre de nuevo y de forma cada vez más profunda a la fuente del carisma de san Benito.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist*